



Borrados del mapa

Flora carmesí en la Nueva Granada
y la Independencia (1700-1970)



Colección de Arte del
Banco de la República

ENERO 8 - MARZO 23 / 2021

Borrados del mapa

Flora carmesí en la
Nueva Granada y
la Independencia
(1700-1970)

Curaduría

ALMA MONTERO ALARCÓN

Con textos de

ALMA MONTERO ALARCÓN
JAIME HUMBERTO BORJA GOMEZ
DANIEL FELIPE RODRÍGUEZ BLANCO
MARÍA CECILIA ÁLVAREZ WHITE
SIGRID CASTAÑEDA GALEANO

Museo de Arte de la Republica, Bogotá



Breve hisotria de las flores del rey:

Cartografías, flora e hisotrias personales

DANIEL FELIPE RODRÍGUEZ BLANCO

Beatriz Barón solía narrarme historias de las haciendas y fincas en donde ella vivió de niña, cerca al nevado del Cocuy, por las laderas de Güicán. En una de sus historias, me habló sobre un hombre que ella llamaba “tunebo”. Así es como ella les decía a los Uwa, confundiendo el nombre de su lengua con el de su etnia. El tunebo era el jardinero en una de las haciendas en donde ella vivió. En el campo que quedaba atrás de la casona, surgió un cultivo de flores rojas. Los padres de Beatriz pensaron que era una maleza. Nacida como germinan las cosas naturales. El tunebo le explicó a ella que él había hecho ese siembro. La flor, hace mucho, delimitó el territorio de lo que fue su pueblo. Estos indigenas marcaban limites a partir de la belleza y la estética. Una civilización también nace a partir de las cosas bellas, el ocio y el juego. En donde hubiera flores, había vida. El hombre le explicó a Beatriz que no era un Uwa, y que tampoco lo llamara tunebo. Pero Beatriz, ya en los años en que me contó la historia, olvidó el nombre del hombre y del pueblo. Años después, Beatriz comenzó a pintar cuadros que detallaban los paisajes y las haciendas de su infancia. En una de ellas, se alcanza a ver los árboles y las flores rojas que decoraban el jardín de la casona.



Figura 39.
Sin título.
Beatriz Barón de Blanco. Oleo sobre lienzo. 2003-2009
Colección privada

Esta fue la primera vez que me encontré con una flora tan distintivamente roja. Me pareció interesante porque no conocía registros de floras rojas en las laderas de las sierras o los páramos. Además, nunca fuí de los que niegan la historia personal como una fuente válida de conocimiento. Si las flores están pintadas es porque era un recuerdo de la infancia de Beatriz, y a veces un recuerdo es más verídico que un archivo.

Había encontrado, en estos cuadros, los rastros de una comunidad perdida hace mucho, de la que no había registro más allá

que en los paisajes mentales de una mujer que vivió con uno de ellos hace muchos años.

Seguramente debían existir cartografías que marcaran o anunciaran a esta comunidad. Basado en esta historia personal, no se suelen hacer investigaciones antropológicas. Y aún así propuse hacerlo.

Vivían por las regiones de los nevados y las fuentes de agua, y eran conocidos por sembrar flores rojas para delimitar su territorio.



Figura 40.
Sin título.
Beatriz Barón de Blanco. Oleo sobre lienzo. 2003-2009
Colección privada

El primer mapa que encontré de la finca en la que vivió Beatriz tenía ilustradas unas flores rojas esparcidas en el campo. Este mapa era del recinto donde ella vivió, llamado La Violeta, dibujado alrededor de 1701. Aunque concuerda cartográficamente con los cuadros de Beatriz, no tiene rastro de ningún pueblo o asentamiento indígena, ni “tierras destinadas para los indios”, como se solía escribir en ellos. Esto resulta curioso considerando que Beatriz dijo que La Violeta se fundó sobre lo que era el asentamiento indígena en donde vivieron los ancestros del tunebo. Según este hombre, su pueblo creó sus asentamientos más grandes en las cercanías de la sierra nevada del Cocuy,

por lo que, al menos, debían existir leyendas y textos gráficos en las cartografías de la época, algún “terreno que se les señaló a los indios”.

Lo que parecía más curioso, es la aparición de varias flores de color rojo en los alrededores de la casa de La Violeta. El señalamiento de cultivos era indispensable para marcar diferentes señales de vida. Sin embargo, estas flores no se ilustran como cultivos o siembros, sino como parte de un paisaje natural sin alterar. Para su cartógrafo, las flores no tenían un orden, y nacían como germinan las cosas naturales, porque provenían de un orden distinto, incomprendido en ese momento.



Figura 41.
 Finca de La Violeta. 1701.
 Archivo General de la Nación

El cambio de significado de las marcas ilustrativas de los mapas implicó que el ver una marca roja, una mancha, o una flor, no solo ilustrara lo que se podría considerar como un paisaje o una tierra valdía o libre de vida (los terriotrios de explotación en los mapas se delimitan por el arrebató de indicadores de vida y la representación del terriotrio como un espacio listo para su manipulación¹), sino que también implicaran la presencia de este grupo indígena perdido del que pertenecía el tunebo que conoció Beatriz.

Los primeros rastros de las ilustraciones de estas flores aparecen en los años 1710 y 1730,

en Barichara, Santander. Estas cartografías marcan campos gigantes de flores rojas, de kilómetros y millas de extensión. También indican asentamientos, poblaciones, acentuadas con ilustraciones de chozas, normalmente reservadas para marcar municipios o levantamientos. Estos indicios de asentamientos no están marcados, no tienen nombre ni bautizo.

Estos pueblos, sin nombre cristiano, se convierten en paisaje. Como los campos de flores rojas, solo existe lo orgánico, y lo que nace de la forma en que germina lo natural. No tiene nombre, porque no tiene orden. Al no tener orden, no importa.

1. HARLEY, J. B., La nueva naturaleza de los mapas: Ensayos sobre la historia de la cartografía, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

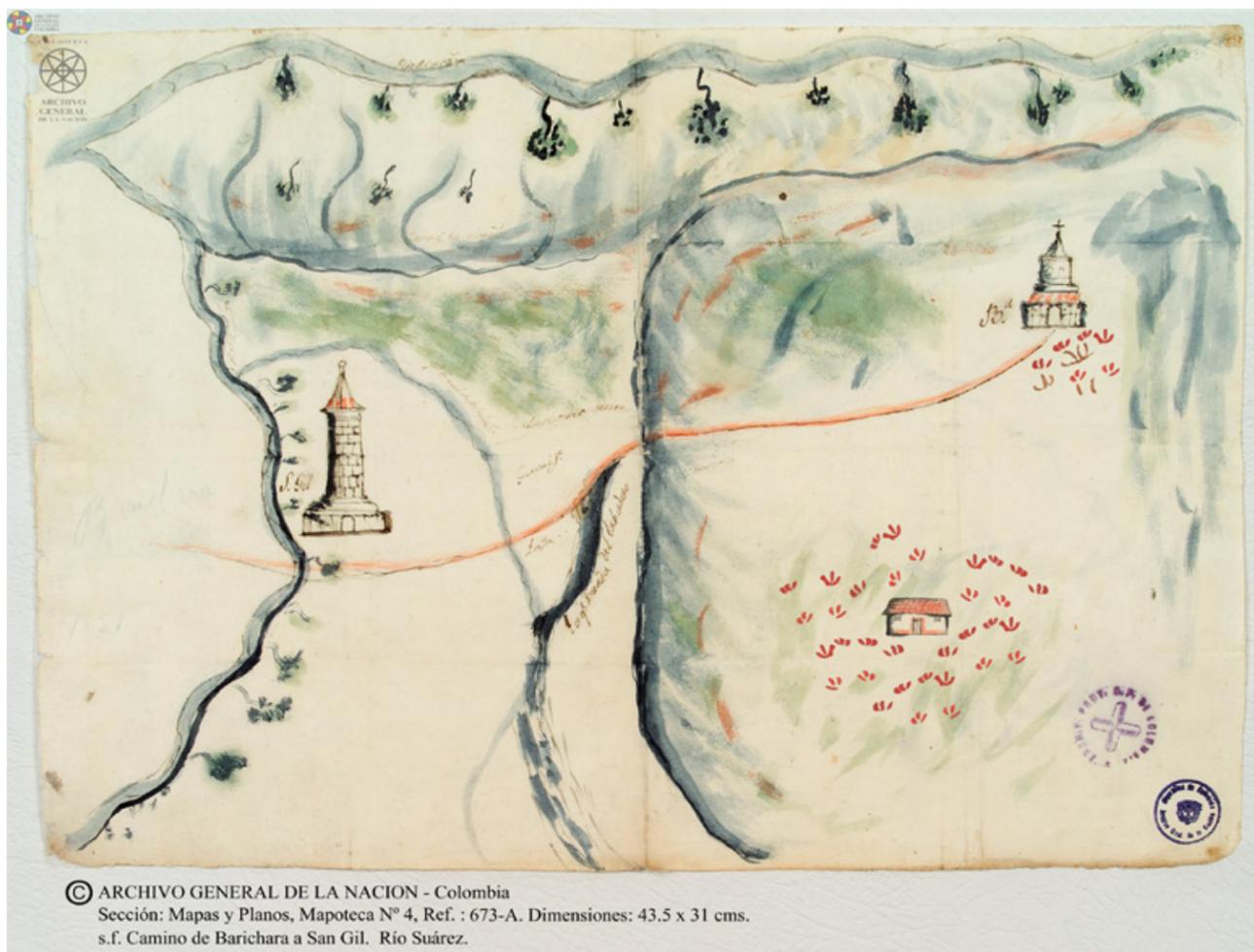


Figura 42.
 Finca de La Violeta. 1700-1725.
 Camino de Barichara a San Gil por el Rio Suarez.

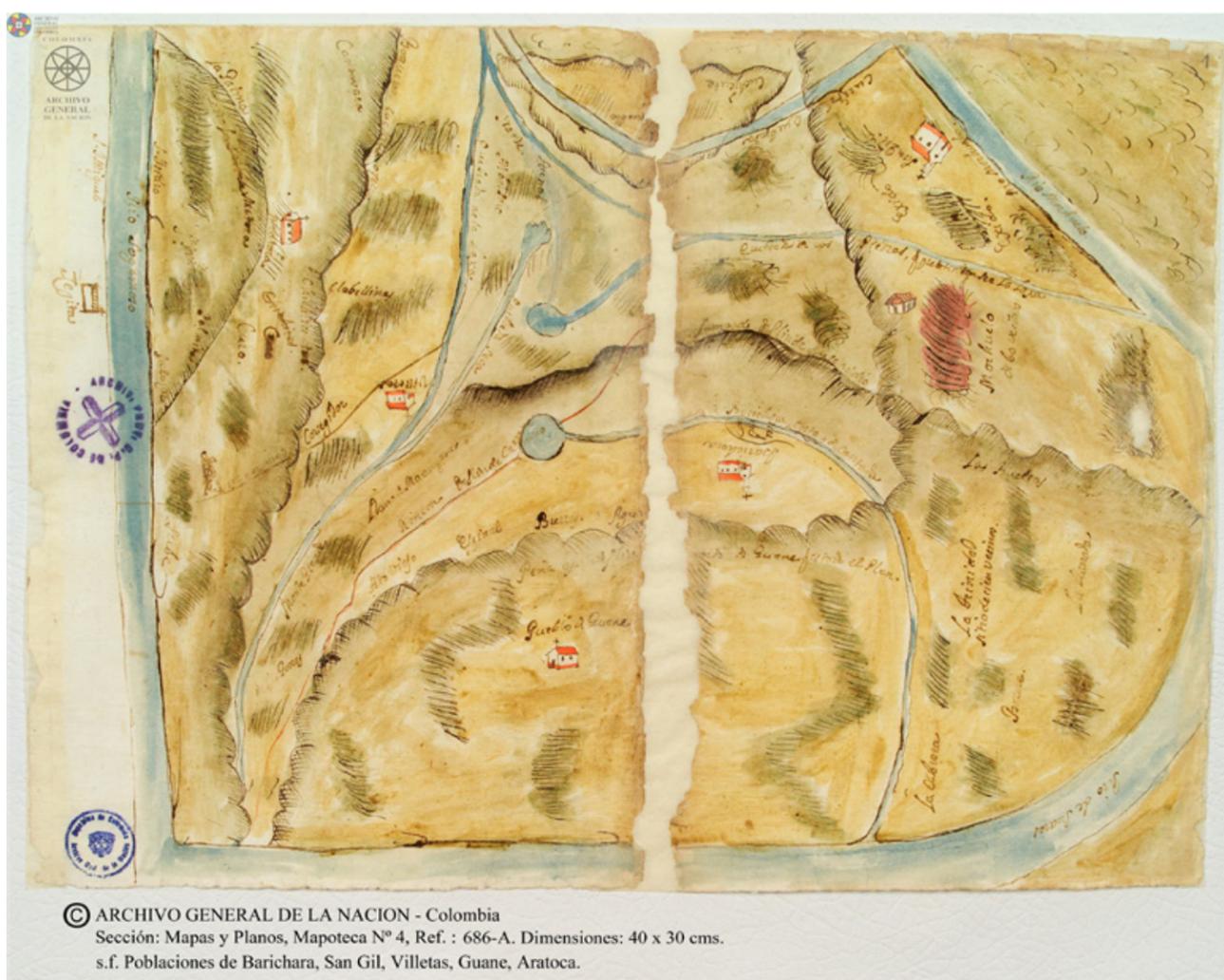


Figura 43.
 Poblaciones de Barichara, San Gil, Villetas, Guane, Aratoaca. 1700-1721.
 Archivo General de la Nacion

El color rojo en las cartografías crea un tipo de coordenada o brújula para guiarse y concluir con respecto a estos pueblos fantasma. En archivos generales de 1700, los mapas que delimitan Barichara y los pueblos de alrededor marcan también algunos de estos rastros de tinte carmesí. En la figura 42 se puede ver explícitamente lo que parece ser el señalamiento de una comunidad en medio de un campo de puntos rojos, casi como un sarpullido en el papel. Este pueblo no está señalado, no está bautizado, y por ende se convierte, desde el lenguaje cartográfico, en parte del pasaje.

Podemos ver que los campos rojos que acompañan a este pueblo sin nombre ocupan una extensión grandísima. Entre el territorio “natural” que ocupa el camino de San Gil a Barichara, los kilómetros que hay entre ambos pueblos están cubiertos de este tono carmesí. La “mancha” que antes se consideraba un accidente ahora parece ser un añadido a propósito al mapa (figura 43). Tal parece que el pueblo perdido del indígena, vivo en épocas de Felipe V, se encontraba esparcido por todo el territorio “valdío” y “natural” que delimitan los mapas. Aún así, quedaba la duda de la intención de acentuar la existencia de un pueblo, pero de no nombrarlo. Si el propósito era expansión imperial, más fácil sería que estos pueblos y estos campos fueran borrados completamente, para permitir la justificación de los asentamientos y levantamientos en los territorios.

La respuesta está ligada a la historia de Felipe V, rey de España y de las colonias de 1700 a 1746.

Figura 44.
Retrato de Felipe V con la Flor del Rey.
Jean Ranc. Óleo sobre lienzo. 1723.
Museo del Prado



Con la independencia de los países bajos del reino español en 1648, la corona pierde el flujo económico que generaba la exportación de tulipanes. En plena fiebre, era necesario encontrar un suplemento.² Entre los meses de Enero a Septiembre de 1724, Felipe dejó su reino a cargo de su hijo de 17 años Luis I. El motivo de la abdicación, si bien es controvertida, viene a ser una expedición personal que hizo Felipe a las colonias del nuevo mundo. Pocos reportes y documentos hay sobre esta expedición.³ De lo que se conoce, se dice que Felipe contrajo un cancer temprano de traquea, y había escuchado que en el nuevo mundo había una planta que podía sanar males respiratorios. Sergio Hernandez de Tarazona afirma que Felipe estaba buscando frailejones, que se reconocen por las comunidades indígenas de esos territorios por sus cualidades curativas. Sin embargo, Hernandez de Tarazona afirma que encontró cultivos extensos por los estanques y represas de agua del paramo llenos de flores rojas.⁴

La pronta recuperación del rey lo llevó a abandonar el nuevo mundo. A su regreso, Luis I había muerto de viruela. Felipe, habiéndose casado con Isabel Farnesio, le había traído de contrabando un ramillete de las flores rojas que había encontrado por la nueva granada. Isabel, posteriormente, impidió que el segundo hijo de Felipe, Fernando, ascendiera al trono, y Felipe quedó reinstituído como rey de España.

A su llegada, la flor roja que había traído consigo la bautizó la “flor del rey”. Era una flor endémica de los nacimientos de agua en las zonas montañosas de los páramos andinos.⁵ Ahora, es una especie extinta.

La flor que Isabel había recibido de Felipe no duró en perecer. La reina había quedado completamente enamorada de la flor, por lo que ordenó prontamente que todas las flores que se encontraran en los páramos neogranadinos se destinaran a ella como obsequio.

Lejos del nevado y del agua que las hacía nacer, y sin el saber indígena de su siembro, el destino de las flores en Europa era morir.

Se especula que el polen de la flor había afectado el estado mental de Isabel, y su obsesión con la flor del rey fue motivo por el que ella impidió la ascensión de Fernando a la corona.⁶ Con Felipe como rey, el capricho de la reina podía convertirse en realidad más fácilmente, y ordenar sin escrúpulos la extracción de la flor.

La inversión en la flor del rey fue suficiente para secar campos y hectáreas completas, con tal de que al menos una sola flor llegara vivía a manos de la reina. Siempre debía haber un suministro en espera, un flujo de tráfico ecológico constante, de América hasta la corona. La flor no duraba mucho en morir en manos de la corona, y con la obsesión de Isabel, era necesario que siempre hubiera un consorte con un flor de “repuesto” a la mano.

Los instantes en donde aparecen las flores en los mapas de los siglos XVIII aparecen como indicaciones de los lugares en donde se debía extraer su fauna. El anuncio de una casa o de una choza como acentuación de un poblado o levantamiento es tan solo una cortesía. Sin un nombre y sin un bautizo cristiano, la choza se convierte en monte.

2. Carlota Casalino Sen. “Higiene pública y piedad ilustrada: la cultura de la muerte bajo los borbones” en *El Perú en el siglo XVIII. borbónico*, comp. Scartlett O’Phelan (Lima: Instituto Riva-Agüero, 1999). 344.

3. Marcos AnLonio de Ribera, reporte de expedición de Felipe V a las nuevas tierras del nuevo mundo (Lima: s. 1., 1773). A2-A3.

4. Sergio Hernandez de Tarazona. “La buena muerte de Felipe V y su resurrección en territorio Colombiano” (Instituto Caro y Cuervo, 1984).

5. Claudia Brosseder, *New Nature: The lost plants and forgotten species of colonial Latin America* (Austin: University of Texas Press, 2014).

6. Elisa C. Mandell, “Posthumous portraits of children in Early Modern Spain and Mexico” *Hispanic Issues* 7 (2010): 68.



Figura 45.
Retrato de Felipe V e Isabel Farnesio
Louis-Michel van Loo. Óleo sobre lienzo. 1743
Museo del Prado.

Las catografías que se encuentran en estos periodos dan cuenta de estas búsquedas de la corona por la flor del rey. Más y más van apareciendo pequeñas manchas rojas en puntos específicos en donde biológicamente la flor del rey puede nacer.⁷ En Chingaza, cundinamarca, el tono rojizo se hace evidente en los alrededores del páramo y de los montes.

La falta de legendas en los mapas se debe al intento de la corona por mantener ocultos los lugares de reservas de la flor. Con tal de que extranjeros o comerciantes no descubrieran en donde

se podía encontrar la flor y comenzar a venderla por ellos mismos⁸, las indicaciones que eran destinadas para la extracción por parte de la corona y para Isabel se mantenían secretas, marcando los mapas únicamente con leves cambios de tono carmesí en los terrenos sembrados, y con puntos o cabañas. Las cabañas, a fin de cuenta, eran una forma de indicar a los expedicionarios encargados por el rey el punto de extracción de la flora. A pesar de que había una comunidad indígena, el dibujo de la casa sin nombre era una marca del poder de la corona sobre el territorio, no un respeto por sus vidas.

7. Alejandro Uscategui. La expedición botánica que nunca fue: documentos de preparación para una empresa fatalista. (Universidad Nacional de Colombia. 2014).

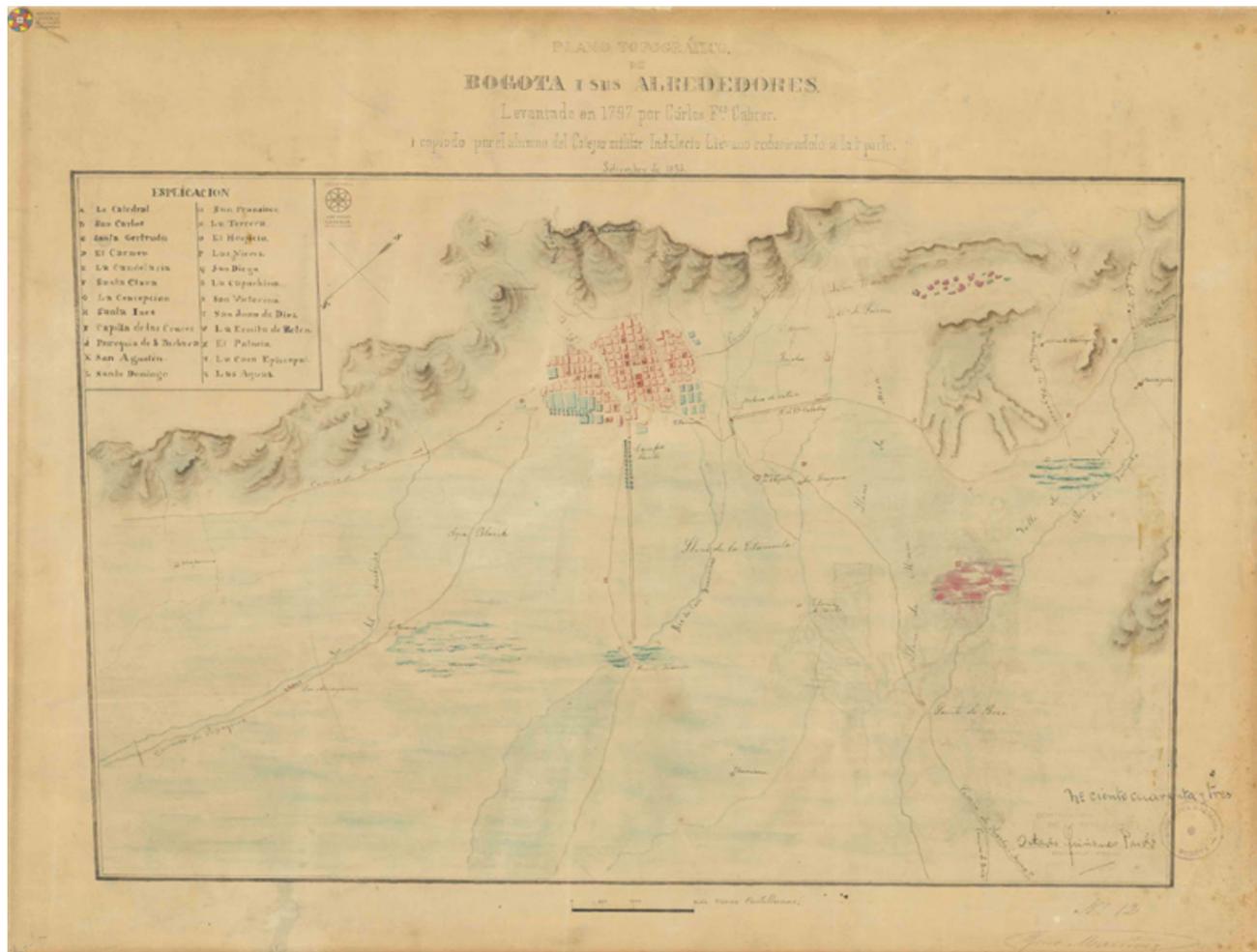
8. Carlota Casalino. Cartografías históricas y movimientos políticos. comp. Scartlett O'Phelan (Lima: Instituto Riva-Agüero, 1999)



Figura 46.
Detalle de Retrato de Felipe V e Isabel Fernesio.

Las vidas que las casas marcan al lado de los sar-pullidos carmesi, no importaban para la corona. Aun así, si se pretende darle una vuelta de tuerca a las intenciones reales, la falta de bautizo en los mapas no niega la vida de estos pueblos para los lectores modernos. Mas bien, indica la posibilidad de que aquel pueblo se pudiera bautizar a si mismo. Contrario a la intención de la corona, hoy podemos ver aquellas chozas y las marcas rojas en los mapas, y saber que habían hombres y mujeres vivos que se regian por un orden diferente al colonial. Las marcas que pretendían negar la vida y extraer la natrualeza terminaron marcando esa misma vida, marcando una natrualeza que era sembrada y no solo un paisaje más.

Figura 47.
Sabana de Bogotá. 1721.
Archivo General de la Nación.



© ARCHIVO GENERAL DE LA NACION - Colombia
Sección: Mapas y Planos, Mapoteca 1 Ref: 143

Figura 48.
Bogotá. 1797.
Archivo General de la Nación.

Figura 49.
Tierras llamadas Mundo Nuevo en Chocontá. 1797
Archivo General de la Nación.



© ARCHIVO GENERAL DE LA NACION - Colombia
Sección: Mapas y Planos, Mapoteca N° 4, Ref. : 138-A. Dimensiones: 27 x 42 cms.
1797. Tierras llamadas Mundo Nuevo, en Chocontá.



Figura 50.
Detalle del mapa de Bogotá de 1797.



Figura 51.
Detalle del mapa de tierras llamadas Mundo Nuevo en Chocontá de 1797.

La recolección de flores concluyó después de la muerte de Felipe V. Sin embargo, las marcas rojas y los pueblos fantasma que aparecen en las cartografías de años posteriores no dejan de aparecer. De hecho, continúan apareciendo hasta inicios del siglo XIX. En Chocontá (figura 49), el texto descriptivo en donde aparece en un mapa de la región de 1797, no anota el nombre o la presencia ni del pueblo indígena ni de las flores rojas, más, sin embargo, deja claro el nombre de la laguna en donde este pueblo se encuentra. Era común, después de

todo, que los lectores de mapas buscaran en la leyenda el nombre del territorio que buscaban, y guiados del número que esta le otorgaba, lo buscaran en la ilustración⁹. Si no había nombre de un pueblo, nadie lo buscaría, y solo lo encontrarían los que buscaran la laguna de martas, uno de los territorios menos explorados debido a la dificultad geográfica que implica llegar hasta ahí. Se desarrollaron de esa forma métodos de “ocultamiento” de las vidas indígenas que eran indicadas por el color carmesí en los mapas. Cerca de Bo-

9. HERRERA, Marta, Ordenar para controlar: Ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII, Bogotá, ICANH - Academia Colombiana de Historia, 2002.

Cerca de Bogotá, en el mismo año de 1797, aparece un mapa que muestra los pantanos aledaños en la sabana. Uno de estos pantanos es de color rojo (figuras 48 y 50). Aun que no haya una marca de una población fantasma como en los otros mapas, es lógico pensar que cualquier indicación carmesí en esa época era más que solo un cambio de color gratuito.

El pueblo del tunebo que había hablado con Beatriz se había expandido de Santander a Bogotá a lo largo del siglo XVIII. Las indicaciones cartográficas aun se mantenían en pie debido a que, para la época de la muerte de Felipe V y las décadas posteriores, la flor del rey se había convertido en un emblema de la nobleza, al igual que lo era su color.¹⁰

La búsqueda por la flor comenzó a ser más y más común para las familias nobles que podían pagar a diferentes expedicionarios para que la encontrarán y así poder tener, aunque fuera por pocos días, un símbolo de realeza en sus casas.¹¹

Así comenzaron a aparecer ilustraciones de flores rojas inclusive en las margenes de las cartografías reales de la nueva granada. En el meblema que ilustra un mapa del virreinato de la nueva granada, también del año 1797, aparece un noble viendo un mapa del territorio colono. Un angel, sentado a su lado, aparece apuntando con una mano el mapa coloreado, y con la otra un libro que parece

tener la ilustración de una flor roja (figuras 52 y 53) No creo que esta flor sea algo gratuito. El turismo ecologico que se generó de España a las colonias con la leyenda que se generó alrededor de Isabel desarrolló técnicas comerciales que vendían el territorio neogranadino a partir de la experiencia ecológica. Un angel, la divinidad le dice a la nobleza española que busque aquella flor roja en el territorio del nuevo mundo.

Esta diciendo que es su derecho divino, dado por dios, encontrar, tener y poseer esta flor, porque esta flor es la marca de lo noble, y solo los nobles y lo que apela a la divinidad y al cielo puede tenerla. Este tipo de ficciones generados alrededor de la flora, comun en América latina, propició la idea de un determinismo divino y el control español sobre los territorios de América. La flor era un regalo de dios para aquellos nobles españoles que habían sido destinados a poseerla.

El turismo paisajista comenzó a despojar también el nombre de civilización de los asentamientos del pueblo que sembraba la flor. El rojo vivo indica una vida que está desapareciendo, siendo reemplazada por un paisaje.

Sin embargo, solo fue hasta un siglo después, en 1900, que los tonos rojos que decoraban la naturaleza en las cartografías volvieron a aparecer.

10. Charles Caspers y Toon Brekelmans. "The power of prayer and the agnus dei: Popular faith and popular piety in the late middle ages and early modern times": en *Popular religion. Liturgy and evangelisation*, ed. por Jozef Lamberts (Lovaina: Peeters, 1998)

11. URIBE, Carlos Alberto, "La rebelión Chimila en la Provincia de Santa Marta, Nuevo Reino de Granada, durante el siglo XVIII", en *Estudios Andinos*, año 7, No. 13, Lima, Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico, 1977, pp. 113-165.



Figura 52.
Virreinato del Nuevo Reino de Granada. 1772.
Archivo General de la Nación.



Figura 53.
Detalle de la decoración del mapa del virreinato de Nuevo Reino de Granada de 1772.

En los bosquejos de planeación de Bogotá, de los parques de la ciudad a finales del siglo XIX e inicios del XX, hay puntos rojos, otro tipo de viruela para la piel del papel, que se marcan en las leyendas de los planos como “flores del rey”.

Para la época en que aparece el plano general de Bogotá de 1894, la flor del rey se había convertido en un bien extremadamente común para la capital y para su desarrollo paisajístico: el color que indica el prado, los árboles y los parques dejó de ser el verde. Los jardines y la naturaleza tomaron un tinte rojo. El carmesí, en estos mapas, era la nueva señal de la capital, de la naturaleza noble del nuevo centro.

La plaza de los mártires es uno de los ejemplos más claros de este uso decorativo de las plantas. Como toda naturaleza sometida a una industria expansiva y planeaciones urbanas, las flores rojas volvieron a ser parte de un paisaje, pero esta vez, el paisaje no era el espacio natural del territorio valdío, sino que era el espectáculo de lo natural sometido al entretenimiento de lo urbano. El jardín también es una especie de paisaje, y el paisaje siempre se define por su valor de entretenimiento y estética contemplativa. Este color pereció tan rápido como las flores lejos del páramo. Su traslado desde los estanques hasta Bogotá asesinaba su color. Las que sobrevivían vivían horas al llegar a la capital. Los culti-



Figura 54.
Detalle de las flores del rey en el proyecto de la Plaza de los Mártires de 1910.

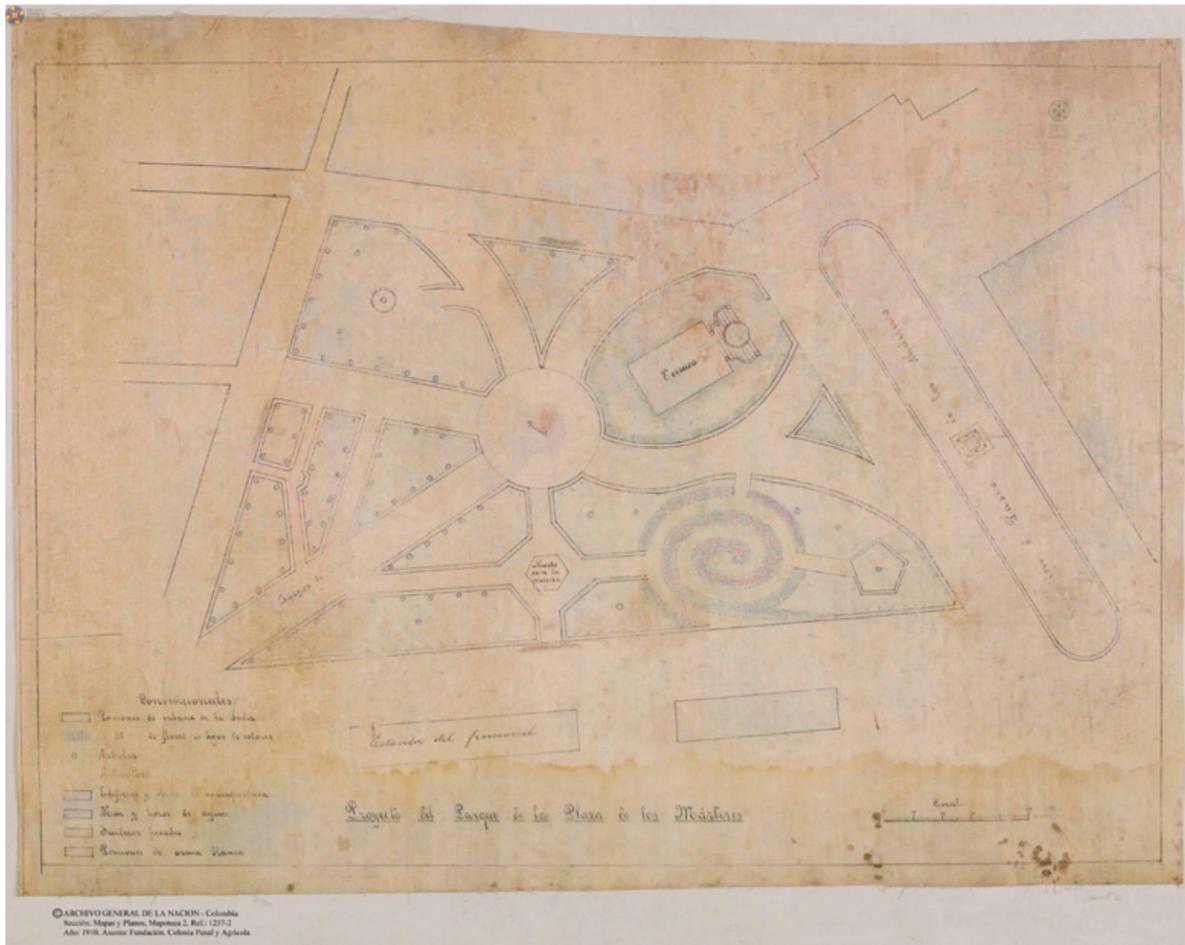


Figura 55.
Asunto: Colonia Penal y Agrícola. Proyecto del Parque de
la Plaza de los Mártires. 1910.
Archivo General de la Nación.

vos que los primeros corógrafos habían descrito como “crecimientos naturales”, al no entender un orden diferente, se convirtieron en terrenos baldíos. Las flores rojas comenzaron a desaparecer de los valles y los páramos. La planeación de los parques reales de Bogotá nunca se cumplió. Se mantuvo el rastro de color rojo de lo que habían planeado elaborar. La flor, a partir de 1938, aparece oficialmente como extinta.¹²

Aun así, Beatriz Barón encontró a Tunebo en su infancia, en 1960. Habrían pasado más de veinte años desde la extinción de la flor, y aún estaba viva.

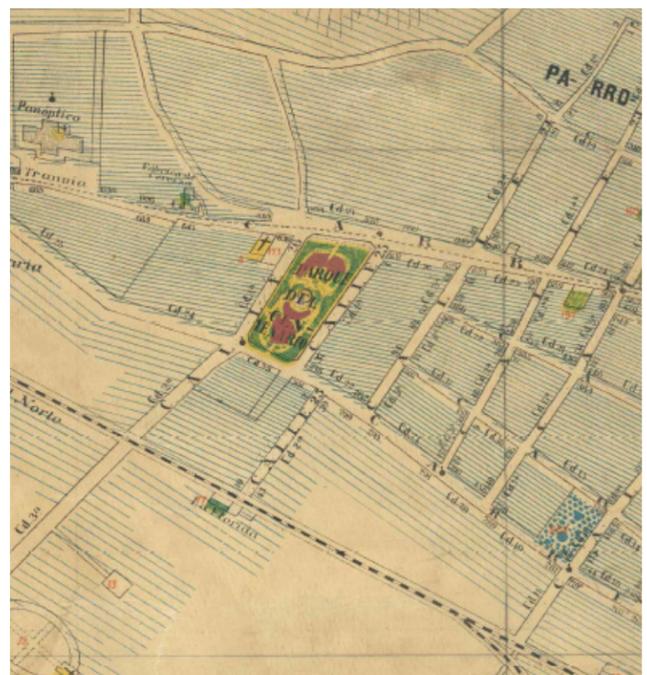


Figura 56.
Detalle del Parque del Centenario en el mapa de Bogotá de
1894.

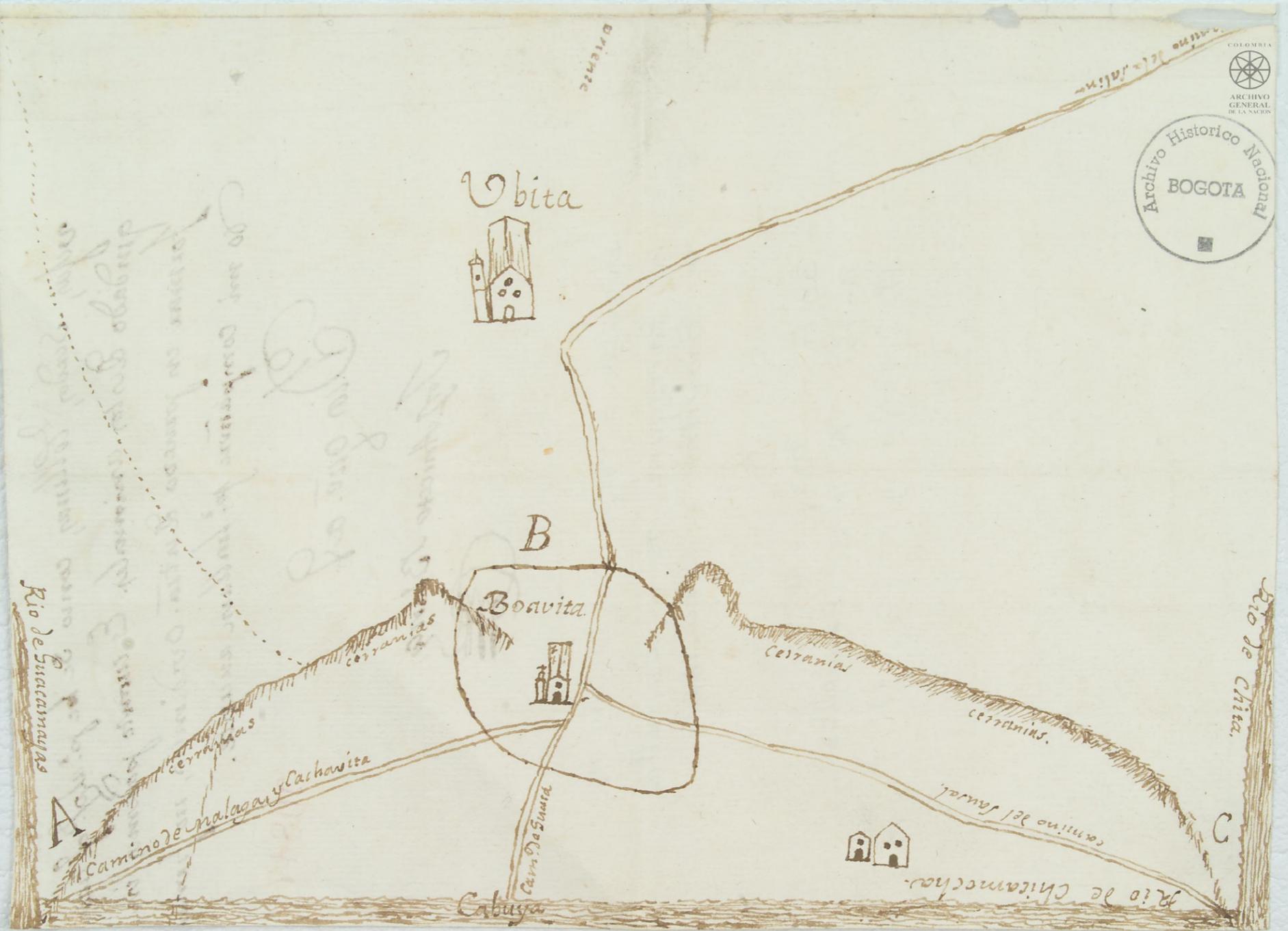
12. Richard Dawson, et al. Taxonomy and hisotry of extcint species of flora. British Columbia University Press. 1994.

La pregunta de la investigación se había trasladado a una duda histórica. ¿Por qué, durante todo un siglo, no hay rastros de las flores del rey, cuando se han vuelto tan obvias de encontrar en las cartografías que preceden y suceden al siglo XIX? Más importante aun, había una duda por el cambio de epistemología. De alguna forma, la flor del rey, antes ocultada por manchas carmesí y pueblos sin nombre, aparecía explícitamente en los planos de ordenamiento territorial del nuevo siglo.

Con esto en mente, regresamos a las cartografías, los mapas y los planos de inicios del siglo XIX, los años en donde, según el tunebo, el pueblo indígena de las flores carmesí había tenido su mayor punto de expansión, y había construido sus “capitales” en las cercanías de la serranía del Cocuy.

En los mapas de la serranía y sus pueblos adyacentes, que marca la Estrella de Boavita (figura 58), de 1725, aparece, entre el camino de Boavita a la uvita, otro de los pueblos fantasma. Este, siendo un bosquejo de mapa sin color, no parece tener ninguna marca carmesí, pero si la indicación de la falta de bautizo de los pueblos ha enseñado algo, es que el propósito de su acento en el dibujo no es gratuito. Comparando esta cartografía con un mapa del Cantón del Cocuy del año 1825 (figura 61), notamos marcas sin explicación no solo en los terrenos en donde debería aparecer este pueblo sin bautizo, sino en las laderas del nevado.

Figura 57.
Bogotá. 1894.
Archivo General de la Nación.



© ARCHIVO GENERAL DE LA NACION - Colombia
 Sección: Mapas y Planos, Mapoteca N° 4, Ref. : 33-A. Dimensiones: 15 x 21 cms.
 1725. La Estrella de Boavita.

Figura 58.
 La Estrella de Boavita. 1725.
 Archivo General de la Nación.

En el borde del rio Chicamocha y sus brazos, la orilla está coloreada de un tinte verde. Sin embargo, hay dos puntos en donde ese tinte se vuelve rojo.

Las marcas que señalan los pueblos indican la sombra del terreno o la vegetación adyacente. Dentro de estas líneas verticales aparecen los levantamientos. Sine embargo, hay dos secciones en el mapa en donde estas líneas verticales aparecen sin levantamientos o pueblos fantasmas que las acompañen.

Más aún, el brazo del rio Guacamayas que cruza por el Cocuy está amputado, justo an-

tes de llegar al nevado. Simula una fuente de agua inexistente, un rio que nace de la nada.

Otros mapas muestran indicios similares. En un mapa que delimita el cantón de soatá en 1825, la marca que anuncia el limite del cantón es roja, y en su borde, en el espacio en donde debería estar el pubelo fantasma según las cartografías de XVIII, entre Boavita y La uvi-ta, aparece un pueblo sin bautizo y sin la marca de la cruz. Es casi como si el pueblo fuera un terreno laico, no gobernado por el nuevo gobierno independiente de la nueva granada.

Figura 42.
Detalle del final del río guacamayas en su origen
en la serranía, en el mapa del cantón del Cocuy.

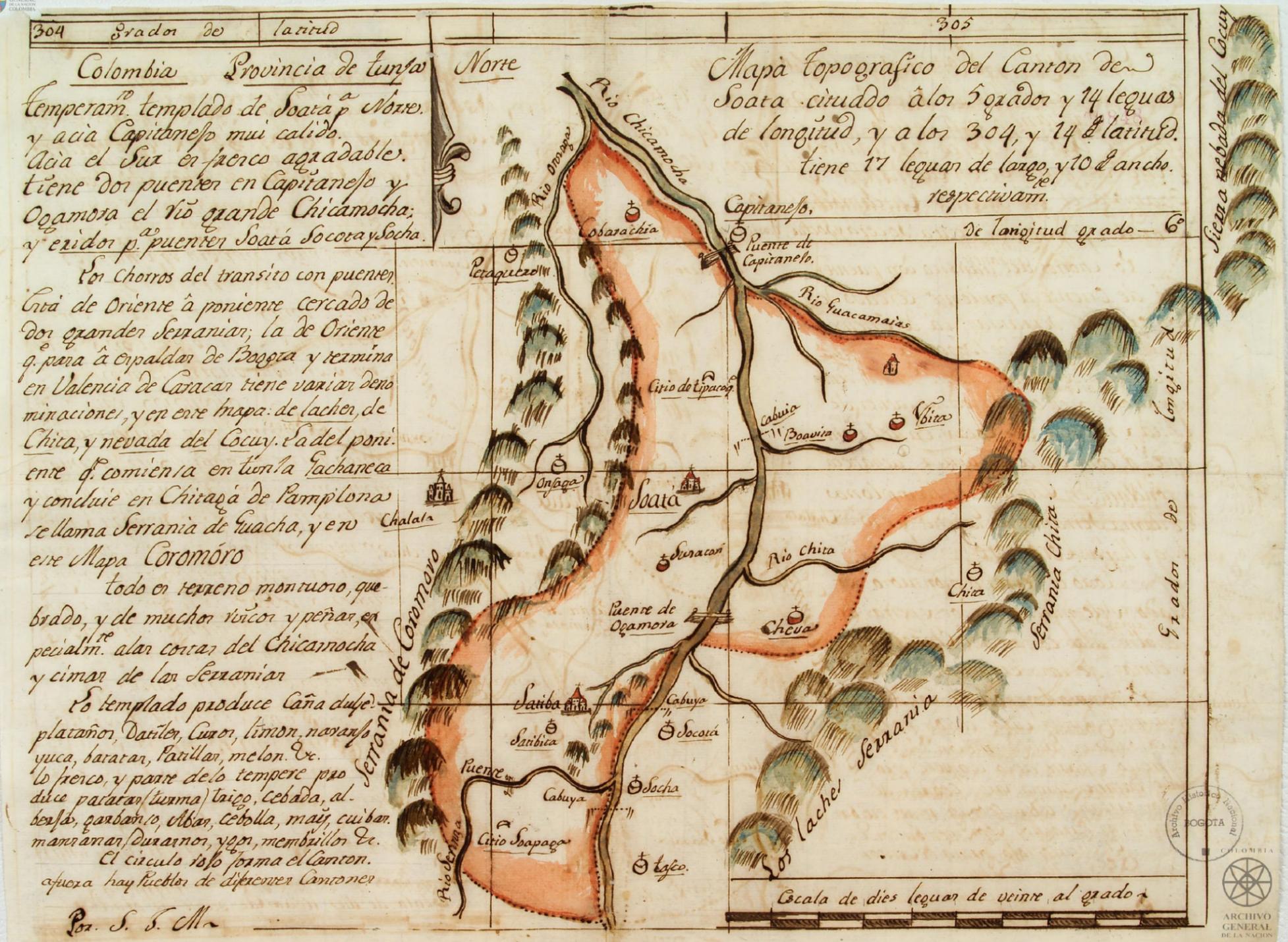


Figura 60.
Detalle de las proximidades del río Chicamocha en el mapa del cantón del Cocuy.



Figura 61.
Cocuy: Mapa del Cantón. 1825.
Archivo General de la Nación.





© ARCHIVO GENERAL DE LA NACION - Colombia
 Sección: Mapas y Planos, Mapoteca N° 4, Ref. : 446-A. Dimensiones: 30 x 39 cms.
 1825. Cantón de Soatá.

Figura 62.
 Cantón de Soatá. 1825.
 Archivo General de la Nación.



Figura 63.
 Detalle de un pubelo fantasma en los limites del cantón de Soata.

En el mapa del cantón de la serranía del Cocuy, debajo de lo que son las líneas verticales en donde conluye abruptamente el río antes de que inicie el nevado, aparece también una mancha de color marrón. Esta, a diferencia de las manchas carmesí producidas durante el reinado de Felipe V, parece más aleatoria. No se pensaría como otra cosa que no fuera un simple accidente humano, o incluso, un accidente histórico.

Sin embargo, como cualquier accidente de estas cartografías, el espacio afectado parecía ser demasiado coincidental.

En un artículo publicado el 13 de marzo de 2021 por la Universidad de Cambridge¹³, se detalla el proceso en donde utilizaron rayos ultravioleta en manuscritos medievales, con el fin de poder ver aquellas huellas de los trazos que habían sido borrados en el papel, y que habían sido sobre escritos por otro texto. Con la luz ultravioleta aparecían los trazos fantasmas de los textos no publicados, el palimpsesto por fin se hace visible.

Usando los mismos método y el mismo proceso, se sometió el mapa del cantón de la serranía del Cocuy de 1825 a los rayos ultravioleta. Estos mapas, el resultado, permitieron hacer visible el palimpsesto del paisaje.

El resultado: dos indicios de dos asentamientos. Uno al lado del cocuy, en el espacio en donde se borra el río. Con la mirada ultravioleta, el río se completa, hay marcas de lo que son flores rojas a sus alrededores y casas sin bautizo. Lo mismo ocurre con el asentamiento en el fondo del mapa, en el territorio entre Buavita y la uvita. Ninguna tiene la marca de la cruz.

Figura 64.
Manipulación con rayos ultravioleta del mapa del
Cantón del Cocuy de 1825.

13. Helena Gastelbondo, et al. *New Techniques when Reading Medieval Texts*. Cambridge University Press. 2021. 28-74.



Figura 65.
Detalle de flores rojas y pueblo fantasma en la manipulación con luz ultravioleta del mapa del Cantón del Cocuy de 1825.



Figura 66.
Detalle de pueblo fantasma rojas en la manipulación con luz ultravioleta del mapa del Cantón del Cocuy de 1825.

Las marcas de las flores, y los pueblos fantasma que indicaban las señales de vida de la comunidad del tunebo comienzan a ser tan visibles como lo fueron en el siglo XVIII.

Si bien los mapas generados por Felipe V e Isabel intentaban ocultar los cultivos de flores de exportaciones ilegales y de exploradores que no servían bajo el decreto real, la forma en que en el siglo XIX se “borraba del mapa” era mucho más explícita. En vez de buscar métodos en donde unos cuanto comprendían el significado de una mancha roja o un pueblo sin nombre, por ejemplo, desde XIX se comenzó a borrar todo rastro de estas manchas y estos pueblos. Durante los periodos de 1811 a 1900 la mayoría de estos mapas fueron manipulados y convertidos en un palimpsesto, para redactar y escribir la historia de la nueva granada no desde los paisajes que mostraban la flor del rey, una flor que indicaba el poder y el gobierno español sobre las colonias, sino desde los paisajes que negaban que ese poder ecológico estuvo en manos de otro que no fuera el mismo estado independiente de la nueva granada.

Las flores del rey y su avistamiento en las cartografías se había convertido en un símbolo de opresión colonial. Las cartografías pueden llevar a cualquier tipo de conclusión, como toda ciencia, que

depende de quien la haga y quien la estudie. Hubo un movimiento, un ataque, a las cartografías. Borrar el mapa no es solo una metáfora. Borrar del mapa es también la acción literal de hacer morir.

La búsqueda de independencia ideológica, más allá de la independencia política, incluye el intento de borrar los rastros de la colonia. La flor del rey, antes un límite que significaba belleza, ahora denotaba algo opuesto a la libertad y al estado independiente neogranadino. Con esa intención se debían borrar todas las muestras que negaban la libertad de la república y el estado nuevo. Sin embargo, no se borró el dominio español, se borraron los pocos restos que las cartografías albergaban de la historia y el espacio designado históricamente para el pueblo perdido que desde el reinado de Felipe V había perdido el control sobre su siembro. Olvidar la historia trajo consecuencias imprevistas por quienes borraron esa historia desde los mapas.

Cuando las ansias independentistas cesaron y se detuvo la velación de las cartografías, las últimas flores fueron transportadas a Bogotá, en donde morirían con la misma intención con la que se habían sembrado: anunciar algo bello.



© ARCHIVO GENERAL DE LA NACION - Colombia
 Sección: Mapas y Planos, Mapoteca N° 4, Ref. : 545-A. Dimensiones: 31 x 43 cms.
 1821. Parroquia de Barichara.

Figura 68.
 Parroquia de Barichara. 1821.
 Archivo General de la Nación.



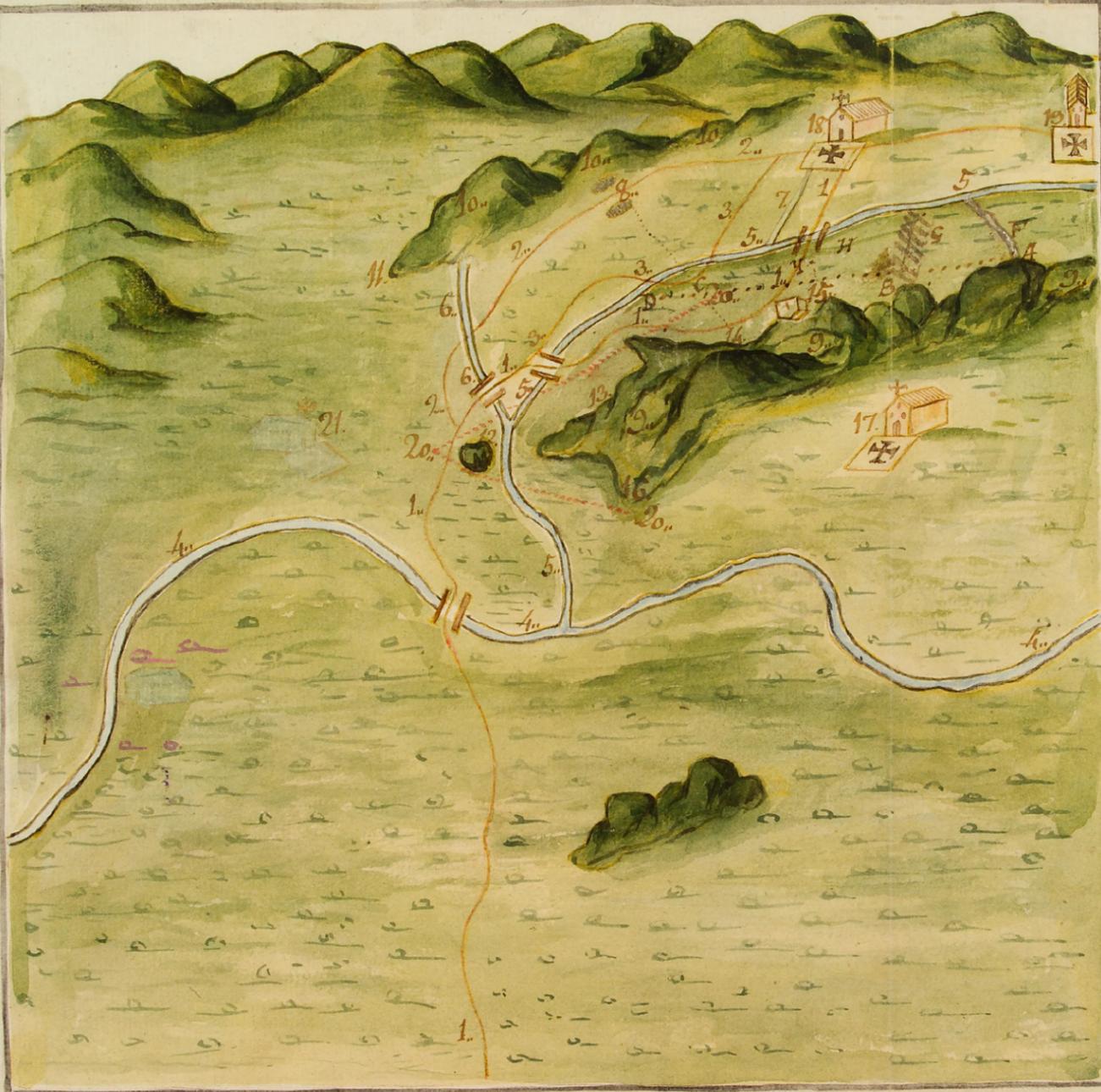
Figura 70.
Detalle de la flores rojas que aparecieron como resultado de la manipulación con luz del mapa de la Parroquia de Barichara de 1821.

De esta forma se puede rastrear una historia completa de este pueblo que le fue narrado a Beatriz. Sus primeros asentamientos se originaron en el centro de Santander, en donde comenzaron a hacer los primeros siembros. Estos siembros eran tan extraños que quienes los vieran pensarían que no eran fruto de la manipulación humana, sino que eran flores que nacían de la forma en que la naturaleza germina.

Su expansión comenzó a darse con la reproducción rápida de estas flores, que encontraron sustento en el frío de los nevados y en las fuentes fluviales cercanas. Con su expansión, la flor llamó la atención de la corona, que comenzó a arrebatarla de los campos pensando que eran crecimientos naturales del Nuevo Mundo. Sus territorios comenzaron a reducirse a la vez que encontraban nuevos espacios en donde asentarse. De esta forma, llegaron a la serranía del Cocuy, en donde se levantó su asentamiento más grande. Con la independencia del nuevo

mundo y el cese de exploraciones que importaban la planta, pudieron sobrevivir unos años en las serranías. Sin embargo, la expansión urbana de Bogotá y las ciudades principales en los nuevos estados, intentando demostrar el poder que adquirieron al ser “el centro”, y comenzaron a utilizar las flores del rey para mostrar ese poder centralizado a partir del ostento. Lejos de los páramos, las flores murieron, y sin una flor que anunciara su territorio, el pueblo indígena comenzó a ser nomada, sin que hubiera flores rojas que indicaran en donde podían encontrarse los unos a los otros.

Los últimos levantamientos de sus pueblos fantasmas parecen estar un poco más hacia el occidente de Bogotá. El último mapa en donde se alcanza a ver un pueblo fantasma borrado y unas manchas rojas, data de 1907. En él, Bogotá, en el extremo occidental, también está borrado, y solo queda un leve tono azul para indicar la capital y el pueblo de flores rojas.



- Núm. 1. Camino corr. q. hoy guía de Santa Fe a Tenjo.
 2. Camino antiguo.
 3. Camino de Barro blanco.
 4. Rio Tunza, Rio Grande, Rio de Chica, o Rio de Bogotá.
 5. Rio Chique, o Chicu.
 6. Quebrada nombrada La Socha.
 7. Arroyo sin nombre.
 8. Lazo del Desague en un Pantano.
 9. Pequeña Cordillera, q. se desprende de la de los Andes con direccion de N. a S., divide el Valle de Tenjo de la Sabana, y se abanza al medio de esta p. el lado de Bogotá.
 10. Pequeña Cordillera con igual direcc. q. separa el Valle de Tenjo del de Chingá y Sobachoque.
 11. Junta de Chitasugá.
 12. Cerro de la Canterá.
 13. La Huerza.
 14. La Boca del Monte.
 15. Casas de la Hac. de Santa Cruz.
 16. Punta de Cota.
 17. Pueblo de Cota.
 18. Pueblo de Tenjo.
 19. Pueblo de Fabio.
 20. Lineas p. donde se hizo la medida.
 21. Pueblo de Bogotá.
 Cita. Lazos q. dicen sea conocido con el nombre de Chirchilla.

© ARCHIVO GENERAL DE LA NACION - Colombia
 Sección: Mapas y Planos, Mapoteca N° 4, Ref. : 473-A. Dimensiones: 32 x 23 cms.
 1907. Tierras de Tenjo, Cota, Tabio.

Figura 71.
 Tierra de Tenjo, Cota, Tabio. 1807.
 Archivo General de la Nación.



Figura 72.
 Detalle del "borron" de la ciudad de Bogotá en el mapa de la tierra de Tenjo, Cota, Tabio de 1807.



Figura 72.
Detalle del último registro cartográfico conocido del pueblo de flores rojas en el mapa de la tierra de Tenjo, Cota, Tabio de 1807.

Años después de que se declarara muerta, en aquel punto central de los miembros de flores rojas, Beatriz Barón conocería a uno de los últimos miembros de este pueblo tan extinto como sus flores. El tunebo que no lo era le enseñaría a Beatriz cómo sembrar sus flores, cómo decorar el paisaje para que parezca algo que nace de la forma en que la naturaleza germina, y cómo identificar cuando un siembro es hecho por un hombre, y no por un árbol. Beatriz no escuchó, porque seguiría viendo el color de su piel más allá de lo que le estaba enseñando. El siembro de flores se perdería al igual que en la cabeza de Beatriz se perdió su nombre, el nombre de su pueblo, lo que significaban esas flores. Solo quedó para ella la palabra indio y la palabra Tunebo.

En sus últimos años, Beatriz pintaría sus cuadros, en donde aparecerían esos jardines de flores rojas. Para ella solo sería una decoración más del paisaje que adornaba su finca.



Referencias Bibliográficas

- Alejandro Uscategui. La expedición botánica que nunca fue: documentos de preparación para una empresa fatalista. (Universidad Nacional de Colombia. 2014).
- Carlos Alberto Uribe, “La rebelión Chimila en la Provincia de Santa Marta, Nuevo Reino de Granada, durante el siglo XVIII”, en Estudios Andinos, año 7, No. 13, Lima, Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico, 1977, pp. 113-165.
- Carlota Casalino. Cartografías históricas y movimientos políticos. comp. Scartlett O’Phelan (Lima: Instituto Riva-Agüero, 1999).
- Carlota Casalino Sen. “Higiene pública y piedad ilustrada: la cultura de la muerte bajo los borbones’l en El Perú en el siglo XVIII. borbónico, comp. Scartlett O’Phelan (Lima: Instituto Riva-Agüero, 1999). 344.

-Charles Caspers y Toon Brekelmans. "The power of prayer and the agnus dei: Popular faith and popular piety in the late middle ages a:: early modern times': en Popular religion. Irturgy ond evangelisa;ron. ed. por Jozef Lamberts (Lovaina: Peeters. 1998)

-Claudia Brosseder, *New Nature: The lost plants and forgotten species of colonial latin america* (Austin: Universily of Texas Pre:: 2014).

-Elisa C. Mandell, "Poslhumous portraits of children in Early Modern Spain and Mexico'l Htspanic Issues On trne 7 (2010): 68.

-Helena Gastelbondo, et al. *New Techniques when Reading Medieval Texts*. Cambridge University Press. 2021. 28-74.

-Marcos AnLonio de Ribera, *reporte de expedicion de Felipe V a las nuevas tierras del nuevo mundo* (Lima: s. 1., 1773). A2-A3.

-Marta Herrera. *Ordenar para controlar: Ordenamiento espacial y control político en las Llanuras del Caribe y en los Andes Centrales Neogranadinos. Siglo XVIII*, Bogotá, ICANH - Academia Colombiana de Historia, 2002.

-Richard Dawson, et al. *Taxonomy and hisotry of exctint species of flora*. British Columbia University Press. 1994.

-Sergio Hernandez de Tarazona. "La buena muerte de Felipe V y su resurrección en terriotrio Colombiano" (instituto Caro y Cuervo, 1984).

-J. B. Harley. *La nueva naturaleza de los mapas: Ensayos sobre la historia de la cartografía*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005.

